



Página del Presidente

Cerebro, corrupción y sanción social

Dr. Remberto Burgos de la Espriella



Cuando vemos todos los días más casos de corrupción, como un remolino que no termina, ascendiendo hasta las altas responsabilidades y dignidades del estado, sale una pregunta lógica: ¿existe un cerebro corrupto?

En el cerebro humano hay dos estructuras anatómicas involucradas con el sistema límbico (emoción y afecto): la corteza pre-frontal ventromedial (toma de decisiones) y su núcleo principal: la amígdala ubicada en el lóbulo temporal.

Estudios han demostrado que cuando hay lesión en la corteza prefrontal ventromedial, los individuos afectados muestran una tendencia hacia la mentira y el engaño. Son proclives a las conductas torcidas, carentes de fondo moral y emocionalmente planos. Saltan todos los controles sociales.

En el lóbulo temporal hay una estructura pequeña: la amígdala. Tiene forma de almendra y es el guardián de nuestras emociones.

Cuando un individuo hace algo malo, en contravía de sus valores y principios, los exámenes de resonancia magnética funcional, detectan que esta amígdala se activa (Garret N., et al "The Brain Adapts to Dishonesty", Nature Neuroscience, septiembre 2016.). Si se repite el acto la activación va disminuyendo hasta que ocurre una especie de acostumbramiento y la amígdala deja de enviar las señales de alarma. Se van perdiendo los escrúpulos.

Pero el asunto es más complejo por los otros elementos anatómicos que participan en el circuito límbico. Hay una estructura curiosa en forma de cinturón y que circunscribe el cuerpo calloso: la circunvolución del cíngulo. Esta es responsable de la carga emocional en la toma de decisiones. La imagino como aquella sombra que llega en la noche, sigilosa y no deja dormir al individuo. Es como el eco de la conciencia cuestionando, reclamando y apuntando: "¿cómo lo pudiste hacer?"



Las leyes, normas y especialmente la recompensa y castigo son los grandes facilitadores o inhibidores para que la corteza pre frontal o la amígdala funcionen adecuadamente. Una sociedad que es permisiva con los actos de corrupción y flexible en sus reglas va languideciendo la función de la corteza pre frontal y la fuerza con la cual la amígdala del lóbulo temporal previene al individuo de la conducta anómala.

Un acto de corrupción que estremecería a cualquiera es calificado como “normal” y va habituando su entorno: lo acostumbra. Se convierte el ilegítimo como algo que “fue un excelente negocio” en esta cultura del “avisado”. Esto nubla la función de nuestras neuronas en espejo.

Estas neuronas en espejo fueron descubiertas por Giacomo Rizzolatti y su equipo, en 1996. Son las que nos dan la capacidad de sentir empatía y ponernos en “el pellejo del otro” (Álvaro-González LC. Neuroética (I): circuitos morales en el cerebro normal. Rev Neurol 2014; 58:225-33..)

Cuando empezamos diciendo que “acá no pasó nada” el individuo se siente igual que el vecino y se deja llevar por la influencia del medio ambiente. El entorno lo domina. Esta aceptación comunitaria de los ilícitos oscurece su función y tristemente nuestras neuronas en espejo terminan imitando la conducta del protagonista del ilícito.

Pero también hay mensajeros y uno de ellos de alta toxicidad moral: los neurotransmisores. Los núcleos del rafe medio, distribuidos en el tallo cerebral, al lado del sistema reticular, son los encargados de la producción de serotonina. Se sabe que cuando esta se aumenta son más propensos hacia las conductas oportunistas, ilegales e ilícitas. (Epidemiología de la corrupción política. Infocajeme.com)

Si todos estos cambios ocurren en el cerebro del adulto, estructuralmente ya formado, imaginemos lo que pasa en el cerebro del adolescente. Los romanos, con muy buen criterio neurobiológico, consideraban que la mayoría de edad se alcanzaba a los 25 años. Sabemos bien que el cerebro del adolescente empieza su proceso de madurez desde los 10 años donde el fenómeno de mielinización hace que las células se organicen. Su cableado sináptico se haga más eficiente y la red se vuelve más densa. Hay una en especial que merece nuestra atención: las conexiones entre la amígdala y la corteza pre-frontal ventromedial. (Garner A, FAAP, healthychildren.org. American Academy of Pediatrics.) Se amarra la emoción o advertencia derivada de la amígdala con la capacidad de decisión y el autocontrol.

Es la etapa de mayor vulnerabilidad del individuo y su proceso de discernir ciertos patrones de conducta empieza a definirse. Una de las graves implicaciones de la corrupción es la influencia negativa que produce sobre el proceso de formación del cerebro del adolescente.



Por eso hay que estimular los mecanismos facilitadores de estas estructuras cerebrales de control: la educación, la justicia y su ejercicio transparente. Pero el fiscal más importante esta en las calles. Son los ciudadanos y su veeduría, auditores de la cotidianeidad. Deben generar el más fuerte de los guardianes: la sanción social y especialmente su impacto con el ejemplo.

Rechacemos a quien le hace gambeta a la justicia. Exijámosle a esta que sea inmaculada. No respaldemos a funcionarios torcidos; cuando juzguemos a nuestros elegidos anulemos de nuestro cerebro la nefasta muletilla: “roba, pero hace”, esto determinara el futuro patrón de conducta de nuestros niños. Lo peor para su desarrollo cerebral es crecer bajo el manto de la impunidad pues se anestesia desde pequeño las estructuras anatómicas señaladas.

Debemos cambia el círculo vicioso de la corrupción por el circuito virtuoso de la rectitud .La familia y la educación: la vara mágica.

Remberto Burgos de la Espriella MD
Presidente Honorario FLANC